

La poesía tiene miedo

Hector Francisco Lara Tronco*

No podía dormir, sus ojeras estaban reprimidas por la vigilia sagrada de descanso. Respiraba con fastidio, súbitamente volteaba de un lado a otro en su rechinante catre, sus nudillos titilaban impacientes, "¡ya basta!" era el susurro ansioso que aquejaba, sus piernas entecas rozaban con los pies y se picaba un ojo al rascarse su calva blanca. Lo miraba por el viejo postigo de su ventana toda apolillada. Su débil farolillo encaraba la escena.

Anteanoche, en el rancho Cheino Acolman, a los paisanos, les cayó una vehemente tromba: el río desbordado y los plantíos arrasados. Ese legado que los había obligado a vivir casi una década de *fiebre* que no ostentaba alimentar a todos.

—¡Jucho, coge la mula y llévala al establo de don Germán! —gritó desde el establo. Empapado a contracorriente del aguacero intentó con furia trizar con el machete las reatas de cuero que amarraban a los potrillos.

Entre paisanos vociferaban las ocurrencias que les restaban por hacer, temerosos de malgastar la esperanza de superar esta *fiebre*. La noche anterior, habían planeado la cosecha para el día siguiente.

—¡Chei!, ¡Chei!— gritaba un crío que corría desenfrenado, con la efímera certeza de poder explicar lo que estaba a punto de avistar. —¡Chei!, ¡ah, maldita sea!, maldita espina, ¡Cheeee!—, clamaba ronco y cansado. El aguacero lo arrastró precipitadamente por la zanja trazada por la corriente. Tenaz siguió corriendo por un claro atajo entre las fincas.

Los perros ladraban: unos se aferraban a sus dueños, otros quedaron abandonados en los pastizales y otros atados, condenados a la desesperación. Aquellos paisanos ya fastidiados de hacer y deshacer, de mirar incapaces los arrases de sus cosechas, tan anheladas, de las mejores temporadas en comparación a las anteriores épocas, pero

* **Estudiante de la Maestría en Enseñanza de Español como Lengua Extranjera, CEU Universidad Cardenal Herrera.**

El crío indigente no hallaba a Chei, tenía que encontrarlo antes del amanecer.

aún guardaban una ferviente fe por recuperar al menos un jirón de sus esfuerzos.

Los miraba, no supe si permanecer sentado y observar cada detalle o, ¿de qué modo hubiese atizado al mito para irrumpir a la naturaleza de esta historia adherida al tiempo?

Uno de aquellos paisanos llevaban agua en un jarrón de barro para poner a fuego el café crudo, empeñado en hacer arder la leña húmeda; los demás corrían por unos canastos para guardar la cosecha que iba recuperando y sus semillas que con celos acataban; las comadronas reunidas en la capilla imploraban al santo patrono para que reprendiera a este temible desastre y otras apuradas echaban tortillas de maíz negro; algunos críos jugaban tirándose barro cerca del granero, poco les importaba que le entrasen a los ojos y las niñas lloraban chupándose el dedo pulgar, aferradas en las faldas de las comadronas que apresuradas cortaban los tiernos plantíos echándolos al canasto que se echaban al hombro.

En un momento creí que la historia se detendría, por lo menos, pausarla; sin embargo, fue imposible involucrarme. Estaba ahí, pero a la vez no.

El crío indigente no hallaba a Chei, tenía que encontrarlo antes del amanecer.

Chei estaba tendido con su calabazo en la mano, fuera de la taberna situada por la entrada principal del rancho. No se enteraba del suceso. Olía a aguardiente, rancio y balbucía para sí. Besuqueaba la botella, bebía la lluvia y doña Dominga, la tabernera, se le acercó para sacarle las calderillas del pantalón.

—¡Chei, despierta!— intentó moverlo, este no respondía y obstinado lo pateó. La lluvia caía cada vez más fuerte.

—¡Oye, despierta!—. Sin respuesta alguna le arrojó un puñado de barro a la cara con dolor y desesperación empapado de lágrimas. —¡Eres un maldito, Chei, Chei, maldito, maldito, maldito!— quebrado en llanto, exhausto. Fue en balde. El crío estaba resignado y asustado, retornó al camino y de manera intermitentemente volteaba a mirarlo entre pasos cortos. Chei siguió murmurando, comía barro, sus ojos ya desorientados.

—Destrozado siento mi amo,— abrió sus brazos —*su meretriz*— señaló con el dedo índice a doña Dominga. —*¡Dejad a lord!*— se abrazó y pausó—. *¿No entendéis?, anciana pulcra*— con orgullo lo exaltaba —*la ninfa caricia atemoriza...*

refleja en mí la luna— declamó con vacilo, rio, y volvió a beber largos tragos de pulque.

Jucho despabiló el paso hacia el establo que estaba al otro lado del río, nunca había montado potros, mulas y burros, acostumbrado a andar descalzo o en su bicicleta sin pedal. No sabía cómo montar la mula, intentó jalarla por el hocico y esta relinchó hasta revolcarse, aunque se atrevió subirla a una carreta que tenía cerca por la capilla del santo patrono. Agüitado cogió la jalea atándola en sus brazos, mientras pujaba de impulso para rodarla. Extrañamente la mula quedó quieta, postrada sobre sus delanteras. La bruma nocturna conjugada con la tromba hizo que Jucho perdiera de vista el puente que debía cruzar. La mula temblaba de frío. Ya era de madrugada y no había luna, ni siquiera el sol figuraba.

—¡Ya basta!, ¡ya basta!, ¡ya basta!— llamó en cabizbajo hasta entonar fuerte la última palabra, el anciano de calva blanca no paraba de hacerlo, escuchó ladrar el perro de su vecino y brusco se alzó del sillón para asomarse por la ventana. Apenas podía distinguir con los lentes, acercó su farolillo al borde, ni así logró juzgar algo.

—¿Tendré otra opción? Buenos días, pero ¡ya basta!— buscaba el pocillo, fue al pozo cerca del fregadero y lo ató a la polea para sacar agua y calentarla en la tenaza. —Son las...— miró las manecillas del reloj —¡ba!, es madrugada ¡imposible!, imposible, imposible—, coge un trozo de cachemira y sacó el pocillo de la tenaza que apenas cobraba fuego —aún no, no es hora de hacer rutinas, la hora tiene mi permiso a descansar, debo dormir, hay que seguir durmiendo, porque será un día muy, muy... es igual a dormir—. Se acostó y apagó el farolillo.

Las comadronas de repente sollozaban, sus rezos fueron fútiles y los niños reían y corrían con inocencia: uno lloraba porque la tierra le agujaba un ojo, las niñas gimoteaban de miedo, los perros ladrando, los paisanos en las fincas agotando fuerzas. Uno se detuvo, luego otro, así hasta el último, quien se quedó mirando el trasfondo del suceso; la agonía de la esperanza, cabalmente la noche fue arrebatada, desfigurada por el légamo implacable, inmenso e inmune.

A Jucho se le murió la mula, el sol apenas despabilaba tras calmarse la pesadilla, la arrastró a la corriente del río rebosado. Don Jermán seguía batallando por encontrar la manera que Jucho cruzara el puente corrompido, pero este

Olvidó lo que quería escribir, se palpaba la barbilla y su codo estribado en la mesa, buscaba transcribir las ideas que parecía haber tenido en mente.

se regresó como si solo era de llevar a sepultar la mula tirándola a la corriente insaciable. Empujaba la carreta hastiada de barro, silencioso, sus ojos empañados por la impotencia mientras las ruedas chirriaban.

El crío, en medio de la finca, con un nudo en la garganta, suspiró con un sentimiento amargo y tibio. —¡No!, ¡no!, ¡no!— gritó al doblarse, hincado en medio de la nada, sostenía una mirada prominente y asustada, el cántaro rebosaba con tal delicadeza su rostro, quedo musitaba al revivir involuntariamente cada escena que había experimentado que innecesariamente sucedieron tales consecuencias ineludibles. Retornó a casa.

El perro aullaba y se subió a la cama junto al viejo de calva blanca que dormitaba, acomodó la cabeza junto a su panza metiendo el hocico por debajo de la espalda con la intención de despertarlo.

—¡Caray!,— saltó precipitado de la cama —debo hacer fuego, mi pocillo que refresca mis mañanas taciturnas ¡espera!, debo encontrarlo, debo encontrarlo... ¡Dónde?, dónde lo puse... ¡Ya!—. Olvidó hacer fuego y colocar el pocillo, se sentó depositando una hoja de lienzo y un pedazo de carboncillo afilado sobre la mesa. Olvidó lo que quería escribir, se palpaba la barbilla y su codo estribado en la mesa, buscaba transcribir las ideas que parecía haber tenido en mente. Desesperado se levantaba y volvía a sentarse.

—¡Claro!

"Un aire nos aliviane, la noche lo olvide, la mañana acostumbre. Afloja el miedo, aliméntate de mi fuerza, soborna el deseo... —No sé por qué lo hago, debe ser importante— musitaba —alza el alma cabida de inocencia, sienta el gemido del refugio que asiente; melodía en mis oídos".

—¡No me cuestiones!, solo déjame hacerlo— advirtió apuntándose el dedo índice en su cabeza —hay que afianzar al crío— susurró. —Me intriga qué debía decir en su tanta insistencia. Esto es imposible... ¡Imposible!— afanado, perdió la idea que pensaba escribir. Releía lo que tenía escrito, trató de continuarla.

—Solo Chei debe saberlo, ¡solo él!—. El viejo quedó atónito tras haber escuchado la vaga voz renuente del crío.

— ¿Por qué solamente él debe saberlo?— preguntó averiguando su alrededor.

— La poesía tiene miedo— siseó en un tono suave y bajo.

—¿La poesía tiene miedo?, ¡tonterías!— perplejo dejó el carboncillo y entrelaza sus manos recargando la quijada, frunció el ceño.

—¿La poesía tiene miedo?, ¿a qué le teme?, imposible... imposible... su naturaleza lo impide. No, no. La poesía tiene miedo...— repetía. —¡Carajo!, en qué me he metido, no, no la poesía no tiene miedo—, ansioso jugaba con los puños de su mano.

Golpearon la puerta, pero el viejo de calva blanca desistió del llamado y una vez más escuchó el golpe en la puerta. Se levantó a saber quién lo visitaba. Abrió la puerta: nadie, y volvió.

—Chei— llamó el crío, el viejo viró con el rostro suspendido con los labios blancos. —Murió nuestra poesía, odiaron oírla, odiaron saberla, le arrebataron sus vivas palabras de nuestras bocas, sorda quedó la melodía de los pájaros, sombras de los árboles al viento, perdidas las hojas de otoño. Nada de ella quedó, ni su nombre en nuestra memoria—. Dijo con un aflijo sereno.

El rancho olvidó su nombre como el desierto, como él lo hizo en la taberna. Lo que ellos fueron, quedó hasta aquella noche. A merced quedó gente huraña, ni una palabra más. La hacienda, las chozas, las fincas, los críos, las niñas, las comadronas, los paisanos confundieron el sol con la niebla; ciegos al encanto. Comen, aran, duermen, por igual los críos. Los aledaños rezaban poesías, pero eran insuficientes, la luz aún tenue callaba a los ojos de los paisanos.

El crío siguió su camino, pateaba lo que en su travesía, las manos en los bolsillos del pantalón, descalzo, empapado y matizado de barro seco bajo el ardiente sol.

Quedó extinta.